

h u m e d a l e s

Javier Norambuena

h u m e d a l e s

Javier Norambuena



Colección



Humedales

D. R. © Javier Norambuena

Primera edición en México: octubre de 2009
Edición conmemorativa, Caja Limón: febrero de 2017

D. R. © Colección Limón partido:
Proyecto Literal
Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales S. C.
Av. Universidad 1815 C-205,
Col. Oxtopulco, Coyoacán,
Ciudad de México, 04318.
+52 (55) 5336 1436
editorial@proyectoliteral.com
www.proyectoliteral.com

Consejo editorial: Ingrid Solana, Berenice Granados, Lorena Saucedo, Gema Santamaría, Javier Norambuena, Andrés Márquez, Manuel de J. Jiménez, Itzcoátl Jacinto y Genaro Ruiz de Chávez
Coordinación editorial: Jocelyn Pantoja
Diseño de arte de la colección: Hernán García Crespo

CAJA
TIPOGRÁFICA

Cuidado editorial y adaptación a libro electrónico y edición especial: Jorge Varela Jiménez
Diagramación: María José Farías Barba
Adaptación de portada de edición especial: Paulyna Campuzano
Producción editorial: Ana Rodríguez Aldana

ISBN: 978-607-00-9088-02-6

Se prohíbe la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento sin la autorización de los editores o el autor.

Impreso en México, febrero de 2017.

La primera edición de este libro se imprimió gracias al apoyo de la Asociación de Escritores de México A. C. en convenio de colaboración con las siguientes instancias:



*“¿de vez en cuando hablamos?, ¿y de qué hablamos?,
¿de cosas que suceden en las estaciones?”.*

Arnaldo Calveyra

*“de êxtase e tremor banha-se a vista/ ante a luminosa
nádega opalescente,/ a coxa o sacro ventre, prome-
tido/ ao ofício de existir, e tudo mais que o corpo/
resume de outra vida, mais florente/ em que todos
fomos terra, seiva e amor”.*

Carlos Drummond de Andrade

Lumínica aparición

En *Humedales* se deja hablar a los fantasmas con su propia voz, entre el dolor y el terror, entre el jardín y la habitación habita la divinidad. Dios ha emergido del dolor y del terror, observando con un solo ojo. Una mirada abierta y una mirada tapiada. Mirar anómalo, quebranto de la infancia que recorre este libro, que se quebranta en él. Qué consolación se busca en el *desierto blanco* que Javier Norambuena vuelve terreno húmedo, *campo acuoso* en el que sumergido estuvo (y que seguirá estando, siempre), y que sin embargo, viene a reclamar para que se pongan palabras sobre él y sobre sí. La experiencia de escribir, la estancia donde se yace, aminora aquí el terreno seco y le proporciona un aire de agua, para relatar con otros la vuelta sobre sí mismo, pero donde ya vuelto extraño no ha dejado de llorar en ese tiempo su molestia, su incomodidad escrita en todo habitar ya sido. Anterior que espera, para que este poema, venido de la mejilla de el hijo, haga acontecer el terror de la infancia. Enunciados interrumpidos por la caída de la ilusión que vislumbra sus frases cortas, cortadas y parapetadas en: “el cuchillo de la madre como emblema de la boca, fijo su cutícula en la uña figurada, vaciado residuo entre un límite y otro” (p. 50). No se puede ensayar el troquel en el aire o en el agua. No corte, no hueco, sino asfixia. Hablar por interrupción de la continuidad. Se atraviesa por donde entra la hoja y se queda dentro el poema que fuimos. Habla, en ese otro que ahora se vuelve hacia sí (que atestigua) para sostener las palabras que caen. “¿Qué será de

nosotros, ahora”, en que estas formas de hablar nos hacen ser-venidos? “¿Qué será de nosotros, ahora”, en ese antes que se mantuvo aquí sin aquí? Aquello que fuimos y que continúa. Entre el apremio sin tregua de lo que viene y de lo que no llega este vocablo de *Humedales* mira a medias. El poema traduce la tierra seca y en la humedad trae tiempo, vuelve sobre sí al hombre, al hijo, al poema. Una manera de traducir este intervalo-libro.

Algo que vuelve sobre sí es esta premonición inscrita en *Humedales*. Presagio, una frase por-venir que visitamos en la infancia y que guardamos para traerla ahora, pero que no se completa. Se queda en su *acaso*, pronunciando en todos los tiempos la molestia constitutiva con la que coincidimos sosteniéndonos en todos sus conflictos. Y asentimos con Patricio Marchant: “en ella [la poesía] nuestros deseos e ilusiones, luchas y trabajos, nuestras esperanzas y derrotas se *reconocen*, se leen”.

El posible realizarse del poema es al mismo tiempo lo que hay, como procedencia que se busca (¿se encuentra?) sobre el mapa infantil (merodea Celan). La extinción sabrá del origen, al mismo tiempo nuestra deshonra y nuestro orgullo en aquel mapa donde fuimos puestos por azar y por deseo ajeno.

Desde-hacia Humedales el suceder en estaciones y estancias sueña serlo en humedales quietos y temblando. Se trata de esto, como señala el epígrafe de Arnaldo Calveyra: “¿de vez en cuando hablamos?, ¿y de qué hablamos?, ¿de cosas que suceden en las estaciones?” (p. 7). Quietas dejan pasar, una temporada, un paraje donde el que viaja hace un alto y donde es depositado el que viaja. Y donde “todo nombre será lejos”, el nombre para beber como los pájaros la línea interrumpida que llama a ser traspasada y a tartamudear en ella. No hay troquel como en *Útil de cuerpo*, rastro de presencia, sino un trozo sacado del cielo por donde se pasa. El que dice todo nombre será lejos es transporte, aquel que lleva carga lleva los idiomas

de los viajeros, y a su vez, el que lleva es llevado por esas lenguas al lugar de paso, al hotel américa.

Allí se aloja toda derivación, todo origen ha venido desde otro lugar, puesto aquí sobre un montón de cuerpos que intentan ser afiados. Esa procedencia tiene “un nombre para el cielo”, “lugar para los labios adormecidos del tránsito”, mientras “el cuerpo se hace espalda ligera” y donde la madrugada se llevará todo. Y en el bosque-boca-vocal humedales de américa. Hospedaje de la carne, cuya sangre se vacía en el mirar hecho verde. Tránsito anómalo, prefijo de una jugarreta infantil que intenta desembarazarse del origen. Quizás, anterioridad del lenguaje, este prefijo de la jugarreta infantil de Norambuena, trae un dato anterior a toda subjetividad, un presentimiento que quiere levantarse. El primer antes: “un presentimiento del río, en el cielo están las grúas, es la espera, sueño indeterminado con los ojos yuxtapuestos, humedales, háblame como la punzación, el prefijo de una jugarreta infantil, ojos indeterminados en paredes, es de noche” (p. 13).

Tal vez esta experiencia como presentimiento es la posibilidad que tiene el lenguaje de asirse más allá de su propia posibilidad, punzando siempre los poemas, letras equivocadas [nuestras] que vienen desde-hacia, y que abren desde su mismidad hacia la alternancia. Un origen que nos sostiene en la incertidumbre del humedal. Esa opresión nos aleja de la palabra y la experiencia sucumbe en el ostentoso quehacer.

Humedales de Javier Norambuena relata: del estancamiento y del viaje, de la premonición y de la tartamudez. Reserva que asoma entrecortada como prudencia restrictiva del habla. “Asirse al lenguaje, ¿no es destruirse con él?”, dice Jabès, entonces no extinguir ningún origen, sino confundirlo, barajando sus tiempos. Prudencia para consolarnos, prudencia para agarrarnos. Es la premonición del que nace con la palabra habitando la muerte, barajando estos tiempos, continúa lo que antecede: “será nómada la uña, cuál es el lugar de la voz postergada por la noche [...] será nómada la uña, tengo ciudad

en los ojos, tengo lentejuelas apoyadas en los pliegues del estómago, uña que se prende, fuego en cada letra” (p. 15). “Uñas que pervierten la noche son hojas”; crecen y son hojas en el tiempo impar, las horas se cuentan así, la uña transforma su lugar, “resucita” del encierro y su único roce cuando asoma a través de la piel, roza el cuerpo que continúa en el hospedaje. Sin embargo, el lugar escucha consolándose: el “vientre en otra pieza, infancia a pedazos, escape sin dolor, una noche sin llantos, búsqueda del ángel [que siempre castiga nuestra almohada], esa estrella del paisaje infinito de los pájaros, con ojos desgarrados, vientre hospedado en la pieza, tiene escritas las paredes, un relato callado, se lee despacio dice la silla, habla una silla, vientre que mira la ventana, tiritita” (p. 18). Anterior mudo, antes de todo, origen desierto. Y entonces la privación retorna, “la ceguera arma la vista los sin ojos, callo como se anuncia la sangre sin la muerte” (p. 20), pero la muerte ha sido anunciada. Hay antes de la muerte: “hay los partos con beso mustio mirando al cielo, es la nueva calavera, nadie ha venido a buscar a las risas vibrantes que alojan la metrópolis, humedal sin días, hay un circo con gritos vedados de partos, han venido a la habitación de los labios sin familia, en esa mancha de café los ojos preguntan por la huérfana [otra muerte], humedales de los pliegues” (p. 37).

En hotel américa se habita el antes, el sueño indeterminado. El lenguaje, prendido (en su doble acepción), ha destruido al habitante, es la intemperie: ha nacido la calavera en humedales. En la impureza la palabra llega donde algo yace poco preciso, y las palabras, las primeras palabras en esa desestabilización, nadan *al lado de*, porque son “ojos yuxtapuestos”, “indeterminados”. Se aloja en la imprecisión, se vuelve certeza la experiencia indeterminada, húmeda. Es la interrupción con la que se camina y se escribe: “de las horas hallo los minutos impares, talón irregular [...] raptos de noches, de las horas hallo los minutos impares, ese concierto que toca un pie y otro pie” (p. 14).

Los labios sin familia, el habla huérfana (otra muerte) desarraigan el terreno, se sale *desde* una estancia para dirigirse *hacia* otra y ambas dicen “todo nombre será lejos”, y “los pájaros beben [leen] una línea interrumpida, del autobús que hace decir todo nombre será lejos” (p. 9). Esta interrupción, esta premura ontológica es determinación suspendida en el horizonte. “¿Por qué conservar, durante un tiempo determinado, un nombre antiguo?”, dirá Derrida; “A sílabas entrecortadas quiso repetir un nombre, ¡Ah, ese sí que hubiera sido un verdadero nombre!” (merodea con otros, ¡Juan de Dios [sic]). Epojé del nombre (línea interrumpida comida a picotazos en el a priori de la boca) y del viaje. Entonces abrir camino al huésped, hospedar en la interrupción y buscar consolación en la llegada, para emprender de nuevo: “la noche apareció como el país de la carne, aire a vendavales en la tercera noche, un país donde las vocales han bordado cada boca sin familia, hay las líneas de las siluetas, el espejo del costado invoca nombres, noches que han duplicado a la carne país de la tercera imagen” (p. 38).

Todo nombre será lejos, el nombre y el poeta del poema existen como “cortocircuito autorreferencial”, herido en la extrañeza de la imagen y sacado muerto del seno húmedo materno. Esta “Unidad Dual” crea una mezcla extraña, el tercero, testigo portador de su afrenta al espejo y de lo que le es devuelto. En la imagen son castros el uno del otro, madre e hijo liberados de su consuetudinario quererse, pero unidos en la metamorfosis indestructible de la sangre y confundidos (en el odio y en el quererse) lloran, en el pantano de la lámina que los redobla. Este signo ambiguo los constituye aferrados en esta invocación.

El que intenta puede hablar solo a través de la premonición, en el cielo sensible de su imagen, ella, la premonición, suspende la muerte. El que no pudo hablar traduce (regurgita y rebosa) en los días un silencio anterior. El trastorno habla pedazo por pedazo, frases cortas,

comas, descansos; interrupción, agonía y paso se soportan. Se traduce la discontinuidad y el todo, mirando lo que debe decir, rápido, suspendiendo ideas largas, pensamientos que reman con el habla hacia el lugar de salida. Este corte en la continuidad hace saltar una palabra a la siguiente, series de pensamientos.

Enumeración del recuerdo —porque “el aire es un tajo”, dice Lamborghini— de una palabra que se debe dejar salir en globos de saliva. Humedales (la tierra seca traducida) es el terreno que se ha inundado, cuya superficie impávida por la asfixia que viene desde abajo es la esponja que da a luz el intento del habla, que retiene las palabras para soltarlas. El hueco entre los huecos que absorben las palabras. Muerte en la frontera, en la orilla de la boca del decir que no se desen-vuelve. Extranjero y errante cuando no se posee la continuidad de las palabras, volver a buscar la palabra que se ha quedado atrás, distinta de nosotros, *demasiado cerca* y *demasiado lejos*.

El nombrar donde se aloja todo nombre ha guardado su determinado tiempo que ahora imprevisible habla cuando ha permanecido en silencio. El poema de otro que fuimos y que viene a relatarnos, a conmemorar aquí y ahora el anterior otro. Esta lengua que no sigue con velocidad a su locutor, que se atolondra con el relato: globos de saliva, ahí la palabra, en su mónada húmeda, que pliega y repliega, pero que estalla. Corte y unión en el encierro, se levanta el mundo, está el “cielo de grúas en las mejillas”, la postal-mejilla, la mejilla es por envío, en el beso y en la recepción, pero el doblez sobre sí de la palabra es “el galope solitario [que] ve humedales en los pliegues, el velorio del cuerpo en las mañanas, la brújula enceguece, un pliegue difuso, húmedo en su vertez, un bostezo en su vértebra iluminada”.

Cardinales perdidos en esa brújula, es decir, en esa premonición, se escapa del doblez la tercera palabra, el cuarto ha dejado una abertura y por allí, Norambuena, habla el resto del miedo alojado en el tabique materno, donde todavía aloja su no decir. La cabeza habla

algo que la boca corta antes de su salida. Este doblez sobre sí, este tartamudeo, este pliegue húmedo es la “Unidad Dual” cortada antes de precipitarse fuera del cuarto: “esperance naufragios a la orilla de la boca que santigua esta ciudadela” (p. 43). Y “el centro que asesina nuevamente la mejilla del hijo”.

Mejilla, consolación, golpe, la lengua vacía sin color son “los violines taladrantes” del que no puede hablar y, sin embargo, no puede dejar de hacerlo. Mira su nombre a lo lejos. Este “oír los pliegues en el vientre”, esta “tercera parte de mi risa que ha roto todas las mejillas”, se siente inseguro en el humedal, “el carnívoro humedal [toda matriz] alimentó a los pájaros arrancados del jardín [Dios], las bocas sin familia [huérfanas de nuevo] pasan por arriba del césped, una risa ha urdido el balcón en vértebras” (p. 44).

Pero, este no decir tiene un poder destructor imperioso, este terror infantil, esta mudez, este silencio entrecortado antes del silencio, es la palabra que se dice para protegerse. Humedalhumedalhumedalhumedalhumedalhumedal... Conjurar el terror de la infancia a través de una palabra muchas veces y con velocidad. Es “un país donde las vocales han bordado cada boca sin familia” (p. 38), donde “en el tiempo la jugarreta infantil tiembla, temblor de aquel cielo donde los pies amanecían, morfología de la luz invertebrada del vientre, lengua vacilante, tiembla el tiempo en el lugar, una palabra podrá jugar con su bosque” (p. 39). Desangrarse en su bosque- boca-vocal humedales. Esta vacilación de la palabra es destructiva y ha sido destruida.

Javier, “¿Qué será de nosotros, ahora? ¿Nos sorprendió esa noche, para siempre en el bosque/ infundiéndonos el sueño de la herrumbre del pozo o reencontramos en la tarde el buen camino familiar? [...] ¿O nos perdimos, realmente, en el bosque [acuoso]?” (*La pieza oscura*, Lihn).

“Una palabra podrá jugar con su bosque”, en el jardín y en el invernadero (cuarto vivo) está Dios. Abrir un claro ¿desde dónde?, desde el barro. En la pieza oscura (hotel américa) hay claro de bosque, en

Norambuena, hay humedales. No es un claro, es un lugar al que no se le puede evitar la asfixia, pero que lo protege de los eternos “cazadores de niños” (*La pieza oscura*). Y “en el mutismo el humo bajó a la muerte con dedos subterráneos, la luna rema con la boca, la lengua se diluye entre su leche” (p. 45).

El humedal es destructor, “la orilla de la boca que santigua, el centro que asesina” (p. 43). Al centro de la boca el pozo de la infancia todavía en su oscura e incomprensible razón. A través de la lengua del follaje vocífera, juega en su bosque, es el adentro que asesina lo que vocífera sin hablar. El hueco por donde no sale el habla, el espejo del costado que no ha podido romper la mejilla del hijo para sacarle la palabra a la boca. El ataúd interior que alojaba la calavera ha salido del humedal. Entrecortado decir asoma: “en ese tanatorio la lengua se vacía de su color, ha disparado al país de la carne” (p. 43). Tanatorio de la lengua, autoaniquilación que produce el naufragio de la palabra, las mata este decir que se queda en “la orilla de la boca” asesinado por el centro, suspendido en el pozo del cuerpo. Preso en su lengua, en la orilla de la boca, una premonición. Presentimiento de este pozo de enunciaciones tardías. Invocación de globos de saliva que apresan los oídos.

Tanatorio, invernadero, jardín, ángel, Dios, el padre también clausura. Decir divino, mudo, sombra. Autobús con el nombre en la mano de este juego que se escribe en la escritura. Logos que afiebrado por su premonición, sale de sí a hacer su intento: estación del habla, sombras de la boca, simulacro de la infancia, cuchillo de la madre, el “grito vedado del parto” aprecia su desolación, “ciudadelas en paredes”. Es la “estación del habla, la leche de la luna veda la carne, en el descenso hay todas las sombras de la boca” (p. 48). En este caer se sujetan de la sombra los nombres, de su “monstruosidad semántica” (Barthes). Se sujetan de la sombra los nombres, de las rondas, de los paisajes del paisaje. Un *desierto de papel* encuentra un

humedal. El barquero, el nombre que lleva la tendencia al vacío y a la destrucción.

Prometeo en lo alto de la pieza, cuadrado hotel américa, enfrentando la boca del lenguaje: los globos de *salida* y de hierro: las burbujas de la taza de café (Juan Luis Martínez anda por aquí) agrupadas en los muros de la taza, el ángel de la niñez descompuesto en su líquido, los globitos de salida de Norambuena acorralados en las paredes del hotel américa para “Que también la Escritura se convierta en un inmenso globo de cristal/Y estalle” (O. Lamborghini).

Los *Humedales* presagiados por Lamborghini: “mi padre y las espadas de sus amigos militares,/ pero todo era de cristal/ y rota la bolsa de agua y nacido a mí me salvará ese acceso a una escritura” (O. Lamborghini). No hay error de imprenta: hay una “ENORME MADRE” también aquí. El “YO estaba primero FUI”. Premoniciones, solo así hablar, sin pronunciar. Acaso de la palabra, poema que acontece extraviado. La finitud que no puede sostenerse traspasando la burbuja-pared, los globitos-pared para desaparecer en el infinito. Es “la impronta de la humedad en los muros, como la pasiva infiltración de las larvas [...] la casa de los dolores del pánico [...] Las palabras en libertad arrojadas al millar los vientos nocturnos como tu poesía: la oscuridad vidente: palabras como brasas, balbuceos del fuego” (*La pieza oscura*). La pared de la taza, la pared del bosque, la pared de la boca, la pared de la vocal, la pared de la bolsa de agua en el tabique embriionario. La letra va por su desierto, vacía en el silencio. El bosque-bocavocal humedales, las burbujas huyen y se adosan, se acorralan a las paredes de su círculo, “la suma de sus cualidades existen sólo como una construcción de la conciencia” (*La Nueva Novela*).

Burbujas y globos de saliva integrados al infinito. Suponiendo que el lenguaje hablado con celeridad no podría diferenciar sus cortes entre palabra y palabra. ¿Infinitud del exacto decir, “rigor del exacto distinguir”? Hablar frente al espejo para que las mitades, las nuestras, las

de nuestras palabras, sean restablecidas a su origen. Plano de simetría que lucha contra el “cortocircuito autorreferencial” del que nacemos, despojados de nuestro propio rostro. Son las comisuras las que nos libran de enloquecer.

Eslabones extraviados que hacen decir “todo nombre será lejos”, se interrumpen, como la voz en la línea interrumpida que beben los pájaros para llegar uno a uno. En esa intermitencia se abre el camino al hotel. Nombre que se va amplificando en el encierro, en esa determinación espacial crecen las bestias de este humedal. Poema y “bosque donde se hospeda la carne”, encuentro vacío que hospeda el espejo del costado. Es esta retirada de la palabra su intento. “Una forma se repliega fútilmente”, he allí un presentimiento, un presagio.

Norambuena, ciudades en los ojos, labios sin familia, horizonte y piso carnívoro humedal, no añora la tierra, añora el tanatorio de la lengua donde la noche posterga para depositar la voz, para que el fuego que aloja cada letra siga prendiendo en cada nombre. Cada tiempo aloja cada nombre, es sobre todo, sueño indeterminado, tránsito, espacio, noches en la intemperie, una pieza que roza, un paisaje infinito de los pájaros, “vientre hospedado en la pieza”, de la madre que hospeda a su huésped, no se puede evitar el deslinde, pero nada se separa: “Habrá desierto, un árbol con hojas en los ojos, árbol que retiene al ángel, a cada una de sus ramas [...], la figura prefigura la lengua, en el norte tendrá letras” (p. 19). Y una herida, una costura en la piel son los puntos donde se encuentran las asociaciones adelantadas, presentimiento negro de aquella letra que no puede salir, reiteración que se corta y que viene a ser restituida por la “mano automática”, que quizás pueda dar con “una lengua clara”, donde el viaje se queda “en cuadrado hotel américa”. Es “la ceguera [que] arma la vista sin los ojos”. La fuga-registro de los ojos, cuya “mano alucinada [...] escribe líneas, una fuga de cuadrado” murmura todo temblor. Allí se hospeda la infancia, cuatro paredes donde yace un

relato. “Ciertos nombres, van y vienen, son las pústulas, trashuman-
cia que es inútil, una presagio nace oscuro” (p. 23). Ciudadelas, ter-
minal de apariciones y desapariciones, morfológica luz intermitente.
El nombre atraviesa vocales, la mano recuerda las “aguas vivas hir-
vientes por la boca”. Desde esa oscuridad, de la boca, “cierto bosque
se avecina por lo oscuro”, se avecina algo que no termina de venir,
“presagio de los días de muerte, libros hospedados y ropa elemental,
cartas puestas a la orilla de la boca (p. 31) son el prefacio de una risa
en el verano. Norambuena, bebe de esta interrupción de las líneas
a la orilla de la boca, línea adulterada por “pájaros que profitan el
degüello del día”. Aparece un envío, una venida y una posible lle-
gada en la postal de las mejillas sin familia, como lugar del reparo
de la risa. Nuevamente todo *al lado de*: “en la boca, en la orilla de
la boca el suelo se discute” (p. 33). En esta *lumínica aparición* de lo
desaparecido, “humedales, acompañan el miedo blanco, la sábana
pegada a las vocales” (p. 34).

Quizás esta lengua vacía –que deja entre blancos el territorio que
viene– es el vocablo intermitente, quien mira y “decapita los claveles”,
“quien mira [y] ve degollarse el bosque frente a todos”. Las vocales-
llagas, cuyas asociaciones adelantadas son los puntos de esa cosedura
sobre la piel, que, presagiando cielo, los pájaros bebieron interrup-
pidamente. La sangre del bosque y de los claveles lloran en la tierra
seca, traducida en humedal, donde llegan el bosque y los claveles que
se desangran en un hilo. Y allí en el bosque, y en los ojos, se bifurca
la tierra. Esta viscosidad vuelve los ojos viscosos, humedales de los besos
que dicen pájaro, interrumpidos en la taquicardia por la noche, la
oscuridad tras el tabique materno, la oscuridad de la boca cerrada, el
bosque tupido y “hay los partos con beso mustio mirando al cielo, es
la nueva calavera”. En esa “habitación de los labios sin familias” los
ojos preguntan por la huérfana, escondida en los “humedales de los
pliegues” (p. 37).

La palabra se aloja en oscuridades y es huérfana en el país de carne: “un país donde las vocales han bordado cada boca sin familia, hay las líneas de siluetas, el espejo del costado invoca nombres, noches que ha duplicado a la carne, país de la tercera imagen” (p. 38).

Carnívoro humedal la tierra que intenta el respiro en Norambueña, tierra y agua juntan, ambas infancias, se agitan en el espesor; la lengua vacila en el lugar cuando el tiempo tiembla. Lo mudo, lo oscuro, la sombra, “el grito vedado del parto” que no dejó salir la existencia hizo esta estación del habla, hablar por las sombras de la boca, componiendo el simulacro de la infancia, donde el nombre solo puede sujetarse de las sombras, que ahora, con el viaje se alejan.

Rondas, paisajes, mudez, todo lo que naufraga desde ese mapa infantil es propicio para escribir: “una palabra [nuevamente] podrá jugar con su bosque” (p. 39). De fragmentos todo, de goteo en la humedad y para la humedad. Es lágrima la tercera palabra hecha de la metamorfosis de la serie, transformada por el rito-corte de la madre sobre la uña-náufraga en sus últimos días, emblema de la boca que intenta trenzar el decir, el velorio de la carne desde esa trenza es enganchada para elevarse en las grúas, al cielo interrumpido. Se construye la conciencia en ese vacío suspendido por el hilo del presagio de la muerte. Se esperan “naufragios a la orilla de la boca que santigua esta ciudadela” y “vocifera el bosque sus puertas cerradas, el hijo de la silla dice, en ese tanatorio la lengua vacía su color, ha disparado al país de la carne” (p. 43). Naufragan las cartas antes de su llegada a ese país, línea interrumpida a la orilla de la boca, cada borde, cada pared se abre, se yuxtapone el ojo al lado del ojo. Todo es acaso para *conmemorar*, incertidumbre de las líneas.

Las líneas bebidas se velan, “el carnívoro humedal alimentó a los pájaros, arrancados del jardín”, allí donde juega Dios. Y allí, a lo lejos, el nombre: tanatorio de la lengua, mudez, y “en el mutismo el humo bajó a la muerte con dedos subterráneos, la luna rema con la

boca, la lengua se diluye entre su leche” (p. 45). Y el cuadrado, “hotel américa tiene presa su lengua” y es nuevamente lanzado a las aguas el féretro de vértebras, las que rocían una alfombra de claveles. El color de la carne, y no la carne, viste a labios sin familia, solo de esta forma la mirada vuelve del viaje a sí: “el autobús ha visto el nombre”. Norambuena sin palabras, labios sin familia, en cortes, que vuelve al césped de la infancia, al jardín donde quiso creer en Dios. Mientras, la lengua verde se levanta en el bosque, allí los fantasmas vuelven a hablar, pero ahora es el padre quien suspende: “las sombras de los tres años levantan el jardín al que vuelve con fantasmas, es la escena de la boca con el ángel entremedio, es el padre clausurando la boca, la letra del cielo en las grúas tiembla, he visto florecer en humedales, lo mudo de las vértebras es la sombra” (p. 47). En el grito vedado del parto, es decir dentro del humedal, la primera estación del habla donde cae, desde donde sale para ser aseado por el corte de la madre. En el rito de las uñas cortar para evitar que las paredes del bosque se abran en rapiñas, imposible, el bosque raspa, fragmenta la risa y las palabras, se abren los pájaros sin tripas, se cortaron a sí mismos al comer interrupción, metamorfosis de la serie. Desbrozar y asear las uñas, la línea ¿dibujó? para los pájaros. En el límite, entre los silencios que vació el residuo. Allí “entre un límite y otro, entre tu casa y la bandera [otras muertes] he visto ese pincel, entre un silencio y otro aíslanse los humedales” (p 50). Todos los humedales, el vientre, la boca, la vagina, el claro. La operación de limpieza de lo que se extiende para raspar el cielo: “rapando la noche cesan del regurgito, bebiendo de la línea acábense los dientes, de noche la dentadura equilibra su descenso” (p. 51).

Se habla en el horizonte cortado, se habla en el cielo tartamudeando. En el cielo mordeduras, pedazos sacados entran a la boca y a picotazos se tatúa el cielo y el humedal. Sin embargo, ni el humedal ni el cielo se pueden cortar, se queda el barro, se queda el aire.

Protegidos ahora de la madre, del padre y de Dios, de los carnívoros. Las cartas naufragan, aseada la extensión, la letra se corta. Entre un límite y otro, que se junta, el habla emerge desde su interior, el exterior la enfría, el interior la humedece, saben ambos de sí. Se hace posible un mundo, el exterior y el interior se llaman, entre presentimiento y presagio. La palabra ciega, si no sale, no la ve la ceguera, no la habla el habla, pero es existente. Esta palabra desvitalizada, que Norambuena ya trabaja en *Útil de cuerpo*, atrapa su presa, atrapa su bosque. La hemos sentido venir: “no hay carne en mis uñas desgreñadas”, hubo velorio y él —su llanto lejano— sigue llamando a la carne, a la máscara del ángel, “hay sangre del bosque y de los claveles, entre la decapitación, y el degüello”. Entre un silencio y otro el silencio a medias del que se queda.

Rito de las uñas, poda materna, pero se es obligado a crecer. La escritura es podada de su boca imperfecta, la poda saca las palabras. El bosque natural se vuelve artificio. La madre hace esta memoria podando, esta estación del habla, este poema, quien lo escribe (todos), toma conciencia de su cuerpo. Labios sin familia y todos sus órganos: un lumínico tajo en el aire. Líneas comidas, poesía que conmemora, ángel de la niñez, que en este círculo de la familia construye su conciencia, en burbujas, en globos, en charcos, en bosques, en humedales. Muros de contención, la mudez gira sobre sí misma, el intento volverá a los talones que taladran este adentro.

Esta oscuridad, este hotel américa, como el claro de un bosque nos protegen de los “cazadores de niños”, giramos al revés de nuevo, caemos de rodillas de nuevo en ese tiempo, los presagios, las premoniciones anuncian la palabra, nos advierten que atrás está el “vergonzante barro original” (Lihn), “castillos movedizos”. Y es en este *desierto de papel* convertido en barro aquí en Norambuena, que la genérica memoria va tras un áspero Dios, tras un húmedo Dios que dicta la incerteza al oído, apoyado en la mejilla del hijo, la duda de su palabra.

Lumínica aparición del yo —yo—, que como estallido tanatográfico, llora a gotas, desde el cielo interrumpido sobre la tierra que se impregna de esta premonición. Lo que se aparta vuelve. Todo vuelve sobre sus pasos, los talones de Norambuena son adheridos en el rectángulo del jardín, la mirada sale. No es un río, nada corre, el poema reúne las voces, su duda, sin fundirlas. Son humedales hechos en el *desierto espeso* del mapa de la infancia, de la premonición que visita esta mano, que la hospeda y es huésped de ella. La mejilla del hijo tras el tabique materno escuchaba y escribía con su mano alucinada por detrás de la puerta (vientre). Recóndito grito, vuelto afuera y adentro. Allí visita la carne a labios sin familia, “las sombras de los tres años levantan el jardín [¿Dios?] al que vuelve con fantasmas” (p. 47).

El espesor de las lágrimas de L./ El imposible distinguir entre el sudor y las lágrimas de L./ El viaje que ensucia de L. (su nombre desde ahora)/ llenan este Humedal de N. que comenta N.

Se habita en los instantes, entre un silencio y otro, entre un límite y otro. “La noche apareció”, se ve florecer en humedales lo decapitado (“decapitar es separar la cabeza del cuerpo”) y lo degollado (sin deslinde). Nada rueda en el barro.

Nadia Prado

Santiago de Chile, Agosto 2009

autobús que hace decir todo nombre será lejos, los pájaros del levante
transitan por debajo del norte, los pájaros beben una línea interrumpida,
del autobús que hace decir que todo nombre será lejos.

sesenta antenas cubren las nubes, los pájaros llegan uno a uno, auto-
bús, el cielo de grúas, son antenas, abren el camino al hotel.

hay un nombre hotel américa, hay un nombre para el cielo, lugar para
los labios adormecidos del tránsito, transfiguré mi cuerpo en espalda
ligera, todo se irá una madrugada.

bosque donde se hospeda la carne, en el verde hay la sangre suficiente,
pústula del reojo vacío, es el tránsito del bus, una forma se repliega
fútilmente.

un presentimiento del río, en el cielo están las grúas, es la espera, sueño indeterminado con los ojos yuxtapuestos, humedales, háblame como la punzación, el prefijo de una jugarreta infantil, ojos indeterminados en paredes, es de noche.

de las horas hallo los minutos impares, talón irregular, sábana blanca
en la bañera, vuelta a la noche voluntaria, flemas rapadas, raptos de
noche, de las horas hallo los minutos impares, ese concierto que toca
un pie y otro pie, uñas que pervierten la noche son hojas, desaparecen
las horas impares.

será nómade la uña, cuál es el lugar de la voz postergada por la noche,
una sábana que abraza un trozo de taxi, humedales, será nómade la
uña, tengo ciudad en los ojos, tengo lentejuelas apoyadas en los plie-
gues del estómago, uña que se prende, fuego en cada letra.

hotel américa es tu pieza, hay un tiempo en cada nombre que transita en el espacio, es sueño indeterminado, el nombre del hotel, de la pieza, un lápiz rojo que arranca ojos de los libros y las páginas hotel y tu boca américa y es el tránsito indeterminado, los finales son labios adormecidos, es tu pieza.

en esa intemperie hay tus noches, ahí en cada hora una campana sin
ruido pega el palo de tus pelos, pieza que roza, habla esa intemperie,
habla pájaros de tus noches, es el lugar.

viente en otra pieza, infancia a pedazos, escape sin dolor, una noche sin llantos, búsqueda del ángel, esa estrella del paisaje infinito de los pájaros, con ojos desgarrados, vientre hospedado en la pieza, tiene escritas las paredes, un relato callado, se lee despacito dice la silla, habla una silla, vientre que mira la ventana, tiritita.

habrá el desierto, un árbol con hojas en los ojos, árbol que retiene al ángel, a cada una de sus ramas, vendrá prestando su lengua en líquido, tormenta apartas una noche, despacio se hace carne letra a letra, sudor de una lengua, no hablarás esa carne, una mancha, una mancha de la sábana que miro, la dureza, la figura prefigura la lengua, en el norte tendrá letras.

la ceguera arma la visita sin los ojos, callo como se anuncia la sangre
sin la muerte, puedo inventarme una cicatriz con la herida cocida y
en los puntos se hallarán las asociaciones adelantadas, puedo hablar
una partitura sostenida, un animal sin tránsito.

un cuadrado hotel américa, mano automática, una lengua clara, una
línea que da fuerza, decadencia de las uñas cortadas, los pies en agua
tibia, es el viaje en cuadrado hotel américa, una fuga, registro de los
ojos, mano alucinada que escribe líneas, una fuga de cuadrado

la habitación tiene caballo, cabeza en otra parte, su revés invoca segundos, repliegues que vendrán, la infancia se hospeda como caballo armando una dureza, en las cuatro paredes hay escritas un relato, cuatro puntas con la sábana, dice nombres cabizbaja, tuvimos una noche en que la puerta estuvo abierta, manchas aparecen, los puntos se multiplican en la habitación, el caballo repite su cabeza.

hay los trenes rescribiendo ciertos nombres, la ronda fascina una noche, cascabeles desgarrados en paredes, es oscuro, la tarde indefinida lleva lejos, reaparece una pared con puerta iluminada, es de tarde y tiritita sutilmente una muñeca con cintas amarradas a su uña, ese vals de la pared es la tormenta, de rojo, es oscuro, el caballo alucinado da cuerda, ciertos nombres, van y vienen, son las pústulas, trashumancia que es inútil, un presagio nace oscuro, hay los trenes.

ciudadela es terminal sin árboles, enrojecen tulipanes los aviones, pajarillos por la tarde, ruido del zorrillo en minutos, es oscuro, ciudadela es terminal de apariciones, hay la boca enmohecida, se avvicina, morfológica luz intermitente, ciudadela de los árboles sombríos, una lengua, pústula creciente se hospeda, otras hojas, tiempos que al revés cambiaron todo, el aire comprimido huele falso, avenidas, autopistas capitales, multiplicanse, ciudadela de una pieza.

las antenas, la ventana es rectángulo que aísla, son tus gritos que llaman a tomarme, la ventana y el rectángulo aparecen, y tú gimes, es recóndito ese grito en esta puerta, las antenas ya se prenden.

húmedo en la uña que habla ciudadela, spray creciente al lado mío,
humedales, los sillones del suelo se alzan, viaje uno y autobús que se
dispara, temporal implora vientos, las rodillas arañando por lo húme-
do, es de noche, se ventila la ventana en su rectángulo,

una boca, hay un nombre que atraviesa las vocales, hay un tiempo,
recordado por la mano dicen juntas las paredes, una habla, otra mira,
hay la espera, en las rejas detenidas son bocas, hay un nombre, el
rectángulo aparece con alerta, una tuca, aguas vivas hirvientes por
la boca.

autobús que se dispara, lo prófugo dice inútilmente un caballo, cierto
bosque se avecina por lo oscuro, hay caliente que friega pelos dados
vuelta, los ojos toman agua al mediodía, autobús se dispara en fuga,
es lo prófugo.

ciudadela de los últimos sonidos, la señal de los límites se acaba, procesión que va por fuera de las calles, las alfombras de claveles ven la salida, ciudadela de los últimos aviones, no podemos distinguir su ceremonia, no hay carne en mis uñas desgredadas, entro al baño que convoca tus ojos sin párpados, mariposas que vuelan hacia abajo, es de día, administro tus respiros como náusea, ciudadela de los últimos sonidos, te deportan, tus gemidos son lo único que dejas.

ciudadela sin hojas, una luna se disloca, hay un parque, el olor de la frente consignamos, no hay hotel, son tres noches sin lugar, en el bolso, en la maleta, ciudadela bifurcada, un rayo musical se yuxtapone a mi ceguera, la noche en cada uno de mis pies, se disloca la noche en su materia.

galope solitario se avecina, presagio de los días de mi muerte, libros
hospedados y ropa elemental, cartas puestas a la orilla de la boca,
escalera ciudadela, aviso adulterado de tu risa, nombre que domina el
rayo de la música, llanto lejano que llama mi carne, galope solitario
se avecina, prefacio de mi risa en el verano.

pájaros ciudadela tienen líneas en la orilla de la boca, son carcajadas de labios en los muros, un cartel se ha hospedado en la cornisa, rodilla roja es la materia, una línea, ciudadela adulterada del galope solitario, ruido de agua cayendo con fuerza, pájaros profitan el degüello de los días.

postal de las mejillas sin familia, lugar del reparo de la risa, hotel amé-
rica vuelve al suelo, una ventana, la espalda ya carece de sustancia, la
cornisa dice el nombre por la orilla, en la boca, en la orilla de la boca
el suelo se discute.

lumínica aparición del vertebrado, humedales acompañan el miedo
blanco, la sábana pegada a las vocales, los olores, es humo, despacio
la trompeta tiene llagas y en el bosque se desangran en un hilo, quien
mira ve degollarse el bosque frente a todos, hay el humo, los olores
que se pliegan en rincones, es lo nuevo, la sangre del río y se avecina,
humedales que acompañan blancamente.

¿ves jardines en la noche?, ¿ves un bosque?, en los ojos se bifurca un humedal, hay un ángel en la almohada, un ángel dice pasos, se pasea, la noche se escribe dentro mío, florecen sus mitos en las horas, hay tiempo de humedales, hay un ángel que castiga mi almohada, un jardín en la noche, hay un bosque, ¿tú lo ves?

torre ciudadela se ilumina, su pecho se levanta del pasillo angosto, en la espalda otro hombro agobia el trayecto, es el éxtasis ciudadela convocando la villa, un cajón lleno de papeles aparece en la mesa, no han venido a recogerla, es el humo, humedales de los besos que dicen pájaro, un silbido despacito, dureza de la noche hace llover una vagina, agua que no para, la dureza de la noche convoca a la villa, ventana taquicardia por la noche, ella es crespa, falda a rayas, medio oscura, su silbido despacito, calma de la torre ciudadela, luz extática en la villa.

hay los partos con beso mustio mirando al cielo, es la nueva calavera,
nadie ha venido a buscar a las risas vibrantes que alojan la metrópolis,
humedal sin días, hay un circo con gritos vedados de los partos, han
venido a la habitación de los labios sin familia, en esa mancha de café
los ojos preguntan por la huérfana, humedales de los pliegues.

la noche apareció como el país de la carne, aire a vendavales en la tercera noche, un país donde las vocales han bordado cada boca sin familia, hay las líneas de siluetas, el espejo del costado invoca nombres, noches que han duplicado a la carne, país de la tercera imagen.

en el tiempo la jugarreta infantil tiembla, temblor de aquel cielo donde los pies amanecían, morfología de la luz invertebrada del vientre, lengua vacilante, tiembla el tiempo en el lugar, una palabra podrá jugar con su bosque.

ha sido lanzada la rodilla por la boca, en el agua de la noche ese goteo
diluvia la vagina, ahí, en ese llanto la ciudadela arde en mis rodillas.

el galope solitario ve humedales en los pliegues, el velorio del cuerpo
en las mañanas, la brújula enceguece, un pliegue difuso, húmedo en
su yertez, un bostezo en su vértebra iluminada, en esa brújula escápa-
se el dobléz, por la tercera palabra, cardinales perdidos, los tulipanes
se decapitan.

cielo de grúas en las mejillas, la glotis ha quedado sorda por no decir, decir su cabeza puesta abajo, la voz del jardín ha fenecido sus días, días que no van porque los dedos se equivocan, irritan una vez más la glotis que no dice, acumula su frío y lo ve recostado en la cama, tréznase el decir, digo, digo cerca las grúas llevan el velorio de mi carne, hay la mudez de mis ojos que no siguen mirando, invoco globos de saliva y apresan los oídos, mudez de apagar los talones, la pelusa del aire ha vuelto, el rostro fijo disimula sus grúas, detrás tengo un tulipán desangrado, vocales ensordecen mi frente, grúas en antena, pálpito del púlpito dado vuelta, hay un día hotel américa, un número yéndose.

esperance naufragios a la orilla de la boca que santigua esta ciudadela, el centro que asesina nuevamente la mejilla del hijo, vocifera el bosque sus puertas cerradas, el hijo de la silla dice, en ese tanatorio la lengua vacía su color, ha disparado al país de la carne.

urdimbre en balcón ciudadela, el velorio de las líneas santiguan ese
trío carroñero que habitan los violines taladrantes, has oído los plie-
gues en el vientre, la tercera parte de mi risa ha roto todas las mejillas,
se ha degollado el cemento en autobús, dice lejos el tejido de la carna-
da, carnívoro humedal alimentó a los pájaros arrancados del jardín,
las bocas sin familia pasan por arriba del césped, una risa ha urdido el
balcón en vértebras.

el tanatorio de la lengua ha puesto un autobús diciendo nombres a lo
lejos, en las estaciones quédanse las mirillas mudas, en el mutismo el
humo bajó a la muerte con dedos subterráneos, la luna rema con la
boca, la lengua se diluye entre su leche.

hotel américa tiene presa su lengua, las aguas del féretro de vértebras
arman otra alfombra de claveles, ha visitado la carne a labios sin fami-
lia, se desangran las vértebras sin habla, los claveles rocían las vocales,
el autobús ha visto el nombre.

las sombras de los tres años levantan el jardín al que vuelve con fantasmas, es la escena de la boca con el ángel entremedio, es el padre clausurando la boca, la letra del cielo en las grúas tiembla, he visto florecer en humedales, lo mudo de las vértebras es la sombra.

ciudadelas en paredes, es grito vedado del parto, estación del habla, la leche de la luna veda la carne, en el descenso hay todas las sombras de la boca, autobús con el nombre en la mano, en esas sirenas está el simulacro de la infancia, en el rito de las uñas está el cuchillo de la madre, las paredes del bosque se han abierto en rapiñas, hay una luz encandilante, se sujetan de la sombra los nombres las rondas, el paisaje de las vértebras naufraga en la mudez, casta la villa en ciudadela.

pájaros de media tarde, leche del reparo de la risa, fragmentos enu-
merados de los trozos de las uñas, el rocío en el cuerpo curvo enfrenta
su melodía, húmedo el talón silencioso, la metamorfosis de la serie,
ábranse los pájaros sin tripas.

el cuchillo de la madre como emblema de la boca, fijo su cutícula en
la uña figurada, vaciado residuo entre un límite y otro, entre tu casa
y la bandera he visto ese pincel, entre un silencio y otro aíslanse los
humedales.

rapando la noche cesan del regurgito, bebiendo de la línea acábense los dientes, esta dentadura equilibra su descenso, una línea interrumpida, debajo de la carne hay la máscara del ángel, cubriendo las mordeduras que lo tatúan, la noche en su rapto hace su casta, los últimos días de la uña huelen su naufragio, entre un límite y otro he rapado una fuga en humedales, hay mudez en una villa, es la ceguera de la carne en su caída.

ÍNDICE

Lumínica Aparición	7
Humedales	23

Javier Norambuena (Santiago de Chile, 1981). Poeta y coeditor de la revista *VA*. Maestro en literatura por la Universidad de Chile. Ha publicado los libros de poesía *Útil de Cuerpo* (Mantra Ediciones, 2007) y *Humedales* (Cascahuesos Editores, 2008 y Literal, 2005). Ha participado en el V Festival Internacional de Poesía, Novísima Verba, Lima, Perú, y en el II Encuentro de poesía latinoamericana Poquita Fe, Santiago de Chile en el 2006.



Tu lugar en la Ciudad Jardin

Humedales se terminó de imprimir en febrero de 2017 en los talleres de **Literatura y alternativas en servicios editoriales S. C.** Av. Universidad 1815 C-205, Col. Oxtopulco, Coyoacán, Ciudad de México, 04318.